

Como el dulce murmullo
Que al rededor del trono del Altísimo
Con sus alas producen los querubés.
¡ Calla el concurso inmenso:
El Pontífice augusto
Entre nubes de incienso
Enternecido, tímido cantina,
I a la tumba de Pedro se aproxima.
La triple diadema,
Que dá leyes al orbe,
Del ara al pié de pone:
Del sol en tanto un rayo,
Por la cúpula inmensa penetrando,
Como un iris de paz i de esperanza,
Imprime al rostro majestad divina.
Unido de Dios, ¡salve!
¡Salve, sublime don del alma cielo!
¡Salve, elemento, pio,
¡Salve, elemento, pio,
Arrostrando sereno el lado impio,
Mas grande aun que sobre el trono escolso!
Ven, Padre... desde el alto Vaticano
Tiende tu sacra mano...
En actitud humilde
La tierra espera el signo venerando;
I de Sion el cántico entonando,
Repita el mundo entero:
¡Ma vuelta a Roma el sucesor de Pedro!

VARIETADES.

Importancia de la educación en el Siglo 19.

F954

X.

EL PROFESOR DE FILOSOFÍA.

Así dijo: de que no haya sido dicho por algún pensador, dice Ciceron, que estudió profundamente las obras de los filósofos, i que él mismo lo era: Montaigne agrega, que la fantasía humana no puede concebir cosa alguna buena o mala, que no se encuentre en la filosofía, la cual tiene tantos aspectos i variedades i ha dicho tanto, que en ella se hallan todos nuestros delirios i nuestros pensamientos. Ni ha podido formar ninguna clase de establecimiento, añade Leibnitz, a causa de que carece todavía de algún sistema de conclusiones convenientes, i aun de método auténtico para examinar la razón en sus investigaciones i razonamientos. La filosofía actualmente, después de sus notables metamorfosis, bajo los nombres variados de escolástica, kantista, ecléctica, concinista, con mas justicia que en ningún otro tiempo debe reivindicar su título de investigadora i acataléptica: tres mil años há que dió principio a sus averiguaciones, i aun todavía no ha podido salvar el abismo que separa el yo del no yo.

Al contemplar sus prodijiosos trabajos, sus empresas gigantes, sus análisis de toda especie en orden al hombre, a Dios, a la sociedad, al ser i al no ser, a la sustancia i a la modificación; al ver el triste i vano resultado de sus esfuerzos, ¿quién no sentirá cierto genero de compasión? ¿quién no escambrará con Pascal; por lo que a mí hace, no erco que toda la filosofía sea bastante a compensar una hora de pena: burlarse de la filosofía es filosofar efectivamente?

¿Será verdad todo esto? ¿Será completamente inútil la ciencia que aspira al honor de abrazar el conjunto de todos los conocimientos humanos, que ha sido cultivada con tanto ardor por los mas profundos jénios, i que se nos hace pasar como base i corona de las demás ciencias? ¿Habrá de resultar que es apenas un juego superfluo i tal vez funesto de abstracciones i quimeras, una antorcha que se querría encender siempre inútilmente, i sin capacidad de calentar otra cosa que vapores i humo pestilente?..

No, no; guardémonos de caer en exageraciones; guardémonos de identificar la filosofía verdaderamente con los abusos que de ella se han hecho, i con los hombres peligrosos que se han vestido con su disfraz. Mientras que la inteligencia humana pueda gozar

aquí abajo de su libre desarrollo, mientras tenga facultad de reflexionar, de comparar i deducir consecuencias, existirá una filosofía fundada sobre principios ciertos, i cuyos trabajos podrán contribuir a la difusión de las luces: además, ¿qué puede entenderse por filosofía considerándola bajo su general punto de vista? ¿No es el movimiento del espíritu humano, la aplicación de la razón a toda especie de ciencia i de conocimientos que constituyen el dominio de la humanidad? Proscribir la filosofía a nombre de la religión, es querer encadenar la inteligencia a nombre de la ciencia divina que venilo a abrirle un campo infinito; es oponerse a Dios autor de nuestra razón, a Dios autor de nuestra fe. Así, en todos los pueblos civilizados ha existido una filosofía que ha congregado bajo sus estándares hombres escogidos, llenos de celo por el estudio, quienes ya interrogando las tradiciones, ya recorriendo la cadena de los mas complicados análisis alcanzaron las bellas fórmulas de la ciencia a que deben atribuirse los progresos inmensos que se ha hecho en el campo de la verdad en ciertas épocas tales han sido Aristóteles, Platon, Santo Tomas, Leibnitz, Bossuet, Fenelon &c. &c. ¿No se componen en efecto, la filosofía de cuatro partes, cuya separación hace resaltar su utilidad?

La *Lógica* reduce a algunas reglas invariables los procedimientos del discurso, da al espíritu hábitos analíticos, enseña a proceder del principio a la consecuencia, a definir i dividir con exactitud; arte tan importante que, en concepto de Platon, es preciso mirar como Dios al hombre que le posee.

La *Neología* armada de cierta especie de escáncipulo, emprende la anatomía del alma humana, pone todos sus resortes a la vista: revela con la mayor claridad sus mas secretas i mas variadas operaciones, i nos hace tocar, por decirlo así, como con la mano, el mecanismo i el admirable conjunto de todas las partes de su ser.

La *Metafísica* nos explica la naturaleza del mundo intelectual, nos descubre los atributos de Dios; reuniendo en seguida todos los axiomas o principios generales que resultan de las nociones ontológicas, dá la base de todo lo que puede demostrar el discurso en el órden moral i político. Esta parte de la filosofía, mal presentada con frecuencia, ha sido, es verdad, mirada como una colección de sutilezas i abstracciones; pero, léase a Platon, San Agustín, Bossuet, Malebranche, Leibnitz, Maistre, Bonal, i se verá el uso que supieron hacer de la metafísica, i cuánta fuerza i profundidad ha dado a sus inmortales obras esta ciencia!

La *Moral* nos dá cuenta de nuestras relaciones con Dios, con la sociedad i con nosotros mismos, i expone la naturaleza del derecho i los principios eternos de las costumbres.

Descomponiendo de esta manera, los elementos diversos de la filosofía, examinando atentamente el objeto que se propone, los diferentes medios que emplea para alcanzarlo, es indefectible reconocer la utilidad de esta ciencia por excelencia, que nos enseña a aplicar, conforme a reglas ciertas, todas las fuerzas de nuestra razón al órden de aquellas verdades que no se han revelado por la fe, i que nos pone en la mano un hilo como el de Ariadna para atravesar sin tropiezos el laberinto de los conocimientos humanos.

I sin embargo, esta misma ciencia no solamente ha sido calificada de inútil por muchas personas, sino que tambien ha inspirado tantos temores que se la mira como hija de la impiedad, como madre del escepticismo i como manantial de los mas peligrosos errores! Esta ciencia inspira las mas vivas inquietudes a tantos padres cristianos concienzudamente interesados en todos los pormenores de la educación de sus hijos, i que tiemblan al verlos prontos ya a dar el primer paso en los umbrales del recinto filosófico. ¿Qué explicación podrá darse a este problema?... Podriase responder desde luego,

El Catolicismo Bogotá Sem 2 (22)

que la filosofía aun en razon de su sublimidad, tiene sus luces i sus sombras, que está llena de verdades eternas i de opiniones particulares, i que es semejante a aquella nube luminosa que era guía celestial para el pueblo de Dios, i por el contrario, espesas tinieblas para el orgulloso Egipto. Pero hablando con mas precision, debemos testificar un hecho que por desgracia ha adquirido demasiada certidumbre; es que en estos últimos tiempos, i al abrigo de ciertos grandes nombres, se han propagado doctrinas filosóficas, cuyos autores i sus partidarios no previeron las consecuencias, mas no por esto, son menos eficaces para producir los mas lamentables efectos en el corazon de la juventud. Los periódicos i las opiniones, aun de diversos colores, han señalado, de comun acuerdo, el peligro, i provocado la sospecha de todas estas teorías, que habian sido anunciadas de una manera tan pomposa, con pretension de haber sido halladas en las mas altas regiones intelectuales. «Ah! veinte años ha,» dice un publicista moderno, un diputado de la izquierda, conocido por sus ideas atrevidas i su noble franqueza, «vuestra funesta, vuestra fatal escuela de eclecticismo gobierna a la juventud abusando de sus jenerosos instintos, i confundiendo su inteligencia viva i pura. Tended la vista en rededor de vosotros i os convencereis de que esta escuela solo ha enjendrado espíritus falsos; corazones sin fé, sin ardimiento i sin amor a la patria; corazones nunca ensanchados por sentimientos nobles, consumidos permanentemente por la sed de placeres egoistas o vergonzosos, arruinados por el espin de la duda, corazones apoyados i moribundos tal vez. ¿Quién será capaz de curar el envenenamiento moral i sistemático de las almas, la perversion de las jeneraciones letradas, esa horrorosa lepra, esa gangrena intelectual, esa enfermedad que no conocieron nuestros padres, que humillará bajo el sable del primer despota que se presente, la ineptitud i debilidad de nuestros hijos? I vuestros educandos heridos de anticipada i lenta consuncion, ¿tendrán bastantes fuerzas para sostener las luchas varoniles de la libertad? I esas inteligencias petrificadas por vuestras inteligencias ¿podrán servir de antecedente a nuestra independencia, o acaso ni aun de instrumentos de un glorioso despotismo?..... ¡Los maravillosos de que los sacerdotes disputen a nuestro alimento esas despojos de almas que no habeis sabido salvar!!! Sí: los patriarcas de la escuela moderna han echado a perder la filosofía, a la juventud i la lengua con sus importaciones tenebrosas de Jénova, de Berlin i de Escocia.» (1)

El principio i origen de todo el mal está en que se ha querido separar completamente la filosofía de la religion, establecer absoluto divorcio entre la razon i la fé, proclamar la primera como *autoridad de las autoridades* i a la mas capaz de resolver todas las cuestiones que se refieren a nuestra naturaleza, a la de la sociedad i a la del mismo Dios. Se ha vuelto a acometer la temeraria empresa de los antiguos eclecticos i de los investigadores de verdades, a quienes no alumbraron las luces del cristianismo i que creyeron poder inventar una filosofía verdadera, es decir, una explicacion jeneral i completa de Dios, del hombre i del mundo, explotando esos rudimentos imperfectos, esos débiles datos de una razon tan profundamente empobrecida por la corrupcion orijinal i por la pestilente atmósfera creada por el politeísmo. En vez de reconocer conforme a una fatal experiencia, que la inteligencia humana es incapaz de resolver todos los grandes i formidables problemas ventilados por ella, en lugar de implorar en su auxilio la antorcha de la fé, se ha pretendido definirlo todo, dividirlo todo, explicarlo todo, prescindiendo de las doctrinas suministradas por la revelacion. ¡Qué digol! Se ha presentado la fé como una disposicion mística,

(1) *Timon, o libro de los oradores* 2.ª parte, pag. 515.

vaga i caprichosa, incompatible con la filosofía, emanada únicamente del principio de la sensibilidad. Así es que los señores Obispos que son los primeros jueces de las doctrinas, i como lo han reconocido muchos pares de Francia en las sesiones de 1844 entre otros M. el Conde Portalis, los órganos naturales i los mas respetables de los votos i deseos de los padres de familias, en todo lo relativo a las tradiciones de nuestros dogmas sagrados, han hecho oír el *quien vive* social, i llevado sus quejas respetuosas ante los poderes públicos del Estado. No podian despreciarse las reclamaciones de tan graves i eminentes personajes, i fué reconocido jeneralmente que *habia algo que hacer*.

Toda enseñanza filosófica supone estas dos cosas: 1.ª que el profesor de definiciones fundamentales, que determine entre otras palabras, las que se refieren a las mas importantes i vitales cuestiones: *razon, inteligencia, conciencia, certidumbre, Dios, el hombre, la sociedad* &c. 2.ª que se forme un encadenamiento jeneral de ideas, o en otros términos, que debe subordinar a la religion todas sus explicaciones, que adopte un sistema conforme al cual coordine las diferentes definiciones que establezca, con los principios i consecuencias que de allí nacen. Según esto, es imposible que un programa, por hábiles i profundas que sean las capacidades del que lo haya redactado, pueda abrazar ni uno ni otro de estos tan importantes objetos, una vez que no puede hacer otra cosa que dar indicaciones jenerales, limitar de un modo vago el círculo a que debe reducirse, i hacer conocer las principales obras de que puede servirse el profesor para organizar un buen curso de filosofía. Cuando todos los profesores son católicos, i su enseñanza no ofrece cosa que esté en desacuerdo con los dogmas de la religion, puede conservarse la unidad de doctrinas, por la evidente razon de que el conjunto de sus lecciones no es otra cosa que el desarrollo de las grandes verdades religiosas i sociales que jamás son ni pueden ser materia de duda para ellos ni para sus discipulos; pero ¿se podrá lisonjear de establecer uniformidad de instruccion cuando la enseñanza filosófica se confia a funcionarios de cultos diversos, i que debe prescindir de todas religiones porque el gobierno que la administra está él mismo obligado a ser indiferente en materias religiosas? No; ni el Consejo de instruccion pública, ni el Consejo de Estado pueden formular un símbolo i deben renunciar al pensamiento de ofrecer nunca, enseñanza oficial i doctrinas establecidas en materia de filosofía, porque están en la obligacion de dejar circular, jeneralmente hablando, todas las opiniones filosóficas, i porque son radicalmente incapaces de imponer alguna con exclusion de las otras.

La supervigilancia ejercida sobre las escuelas, los programas i manuales podrán tal vez impedir grandes escándalos; pero, de seguro, no impedirán que un profesor de filosofía que no sea sinceramente católico, pueda ser mas o menos hostil o peligroso a nuestra religion. I ciertamente, no se desempeña una clase de filosofía con solo el auxilio de los elementos o de un simple compendio, como puede hacerse respecto de una clase de gramática o lingüística.— Aquella ciencia que es la clave de todas las demás, que está en contacto por mil diversos puntos con altas cuestiones morales i religiosas, no se enseña con manuales ni con cualquiera otro libro elemental, sino con las propias convicciones, con las creencias mas íntimas, i, me atrevo a decirlo, con toda el alma. Estos numerosos escolares de diez i seis ó diez i siete años que se encuentran colocados en torno de una cátedra de filosofía, contemplan con todos los ojos de su espíritu i de su corazon, el cuadro que debe desenvolverse delante de ellos el conjunto de los mas importantes conocimientos humanos. ¡Oh! cuánta compasion no les inspirará el pobre profesor, que por ineptitud, cuando no fuese por

cálculo, no les diese otra cosa que la letra árida e insuficiente de una especie de programa o catecismo redactado por un *papa ministerial* o por un concilio universitario!.... Además, hai cierto proselitismo tan natural al pensador, cierto entusiasmo de ideas, poesía de arrobamiento muchas veces mas ardiente i expansiva en el ideólogo, que cualquiera otra cabeza acalorada, porque su fuego salta de una hoguera mas abundante i mejor sostenida: el profesor de filosofía tiene tambien su trípode como el retórico, i su palabra sentenciosa se eleva frecuentemente a la altura de su tono de *iluminado*. Agrégase a esto, que en su opinion, i aun en realidad no puede mutilar su sistema, despedazar sus fases sintéticas, cortar i fraccionar lo que reputa i califica como verdad absoluta; finalmente, para hablar en idioma técnico, es necesario que haga *brillar su idea madre* en todos los pormenores de su enseñanza: de este modo los discípulos no tienen necesidad de frecuentar por largo tiempo las lecciones para impregnarse del pensamiento dominante del profesor, i para conocer a qué escuela pertenece, si es Escocesa, Alemana, Racionalista, Deísta o Místico.—En vano se dirá, para tranquilizar la conciencia de los padres de familia, que el Estado i la Universidad, removerian en el momento al profesor que enseñase errores; 1.º porque lo que es falso i aun peligroso, bajo el punto de vista católico ¿podrá decirse que es estimado igualmente bajo el punto de vista universitario? 2.º porque no puede apreciarse la ortodoxia de la enseñanza de los profesores, sino por el juicio que formen los señores inspectores, los cuales, sin duda, deben ser hombres de bien, segun el mundo, pero que por lo mismo que tienen el derecho de no ser católicos, no tienen a nuestros ojos carácter alguno para pronunciar sobre el valor de las doctrinas consideradas en su relacion con la fé. Si los juzgamos por sus propias obras, ¿podrá decirse con seguridad que son realmente católicos tales i tales que a cada paso afirman que la enseñanza universitaria nada tiene que se oponga a nuestra religion?... Por otra parte, considerando las cosas relativamente a la libertad de cultos, un funcionario del cuerpo decente ¿no podrá prevalecer de la autoridad de la carta para sostener que no puede obligarse a permanecer en la linea de la ortodoxia cristiana? ¿No deberá quejarse de que se ataca la independencia de su pensamiento si siendo judío, deísta o protestante, se le quiere precisar a que abandone sus creencias para aprender el catecismo de los católicos, a fin de que nunca, ni directa ni indirectamente, articule en sus lecciones la menor palabra que pueda herir el órden de las verdades que pertenecen a la comunión romana? Sí; seamos francos: lo único que puede exigirse de los órganos de la enseñanza filosófica es prudencia, destreza, formas reverenciales hacia el culto de *Cristo*, como dicen en ciertas escuelas, *humildes cortesías de sombrero* a la religion de la mayoría de los franceses; ¡i cuesta tan poco todo esto!....

Los padres de familia están en la necesidad, en el imperioso deber de adquirir la certidumbre de que el profesor de filosofía a quien confían sus hijos, no es un hombre peligroso, neciamente embriagado de entusiasmo por esas opiniones paradójicas i tan funestas que se han producido en estos últimos tiempos. Basta un año sólo de mala filosofía para aniquilar en el corazón del educando el respeto que se debe a las convicciones religiosas i a las creencias protectoras de la virtud i de la sociedad. ¡Ah! Demasiadas lecciones nos ha dado una experiencia fatal sobre este punto.

Los misterios de París.

Acostumbrados nuestros lectores ocupar su atención de materias graves que elevan constantemente la inteligencia i dirigen las ideas a objetos nobles i

grandiosos, haciéndoles olvidar por algunos momentos el prosaico i helado interes material, extrañarán acaso a primera vista que nos ocupemos de novelas, i particularmente de novelas folletines. Su estrañeza cesará desde el momento en que reflexionando un poco sobre las costumbres i el espíritu de nuestra época, adviertan la grande influencia que ejerce el folletín de los periódicos, influencia que es bueno examinar, que es útil explicar i que es jeneroso combatir bajo todos sus puntos de vista religioso, moral, social, i aun bajo el aspecto del bienestar físico.

De tiempo atrás se hace notable la literatura ligera, la literatura de las novelas, por su gusto desordenado, monstruoso e inhumano, por su continuo empleo del crimen i del vicio, por su constante exclusion de belleza moral, por su apasionada predileccion por las paradojas, i por las paradojas inmundas que socavan i destruyen el órden recibido, tanto en el mundo intelectual como en el mundo físico. Todo en ella se estiende al revés: lo que antes era hermoso, hoy es feo; lo que era virtud, hoy es vicio; lo que antes se tenía por magnífico, noble i decente, hoy se reputa, gracias a tan fatal trastorno, ruin, mezquino, vergonzoso i miserable.

Fácil es comprender cuanto peligro corre la sociedad con esta predicacion, con esta cruzada continua; contra lo que nosotros, pobres fanáticos, estamos acostumbrados a designar bajo el nombre de virtud, es decir la práctica del bien en toda su acepcion.

¿Qué puede esperarse de jóvenes, a quienes con tanta facilidad se les arranca de la austera i penosa senda del deber, que están presenciando la deflacion del vicio i oyendo decir a cada paso: «Si Dios quisiera dádole pasiones es para dejarlas correr libremente, pues lo que Dios hace, bien hecho está; si nó, no sería Dios; sería un crimen ir contra su voluntad. Luego es preciso entregarse uno a sus pasiones, so pena de ofenderle i de contrariar su «fin divino, que es la felicidad del hombre?» Si solamente los hombres de razon, tales como i nosotros lectores, por ejemplo, cuya elevada inteligencia madurada por el trabajo i el estudio, leyesen semejantes desatinos, no creemos que el mal fuera adelante, pues estamos seguros de que encojerian los hombros i botarian el libro sin acordarse mas de él. Pero, por desgracia, no es a ellos solos a quienes se dirijen esas obras; ellas van derecho a la parte mas flaca, quiero decir, a las mujeres ociosas, a las masas poco ilustradas, a la juventud ardiente que, disgustada, tasea el freno que la contiene en el deber, i que llena de brio i de fuego se desvive por lanzarse a la palestra i saciarse con la copa engañosa en que piensa encontrar la felicidad.

¿Qué efecto producirán, gran Dios, las novelas del siglo 19.º en los que crecen sus mentiras, sienten sus pasiones todas i hablan su lenguaje falso, bajo, arrastrado i siempre vacío!

Todo el mundo sabe que el hombre es esencialmente plajiaro. I en prueba de ello, todos los que leen los debates de los tribunales experimentan la mas triste amargura cuan ven reproducirse todos los días en la vida privada los crímenes imaginarios de los novelistas, tomar un cuerpo sus fantasmas, i sus creaciones, fantástico producto de una imaginacion delirante, venir a ostentar en su jactanciosa jergonza las lagas de su alma i de su corazón a los ojos de los espectadores condolidos i aterrados.

Desearíamos sinceramente pasar por embusteros o ponderativos cuando decimos esto; pero, por desgracia, lejos de exajerar no decimos toda la verdad, porque no queremos que en una coleccion destinada a la gloria i al orgullo de la inteligencia, se perciba siquiera en sus pájinas el perfume nauseabundo de las cárceles i de las masmorras.

Hasta ahora poco, la novela habia conservado una especie de mesura que nosotros llamaríamos una especie de pudor si no temiésemos prostituir esta palabra. Se nos arrastraba a todas las torpezas, a todo género de inmundicia, pero se habian respetado

siempre dos cosas, no se había osado poner en ellas mano, se temía el sentimiento moral que hubiera podido hacer explosión i acaso terrible explosión.... Se habían respetado los dos extremos, la religión, i (lo diremos) los burdeles i las masmoras.

Pedimos nuevamente perdon a nuestros lectores; vamos a dar principio a un triste artículo. Nuestra pluma a veces se enrojecerá de vergüenza i no se atreverá a repetir todo lo que han leído tantas mujeres elegantes, tantos niños de hijemuzos i puros corazones. Vamos a hablar un idioma que no es el nuestro, idioma para nosotros desconocido i extraño, que nosotros emplearemos lo ménos frecuentemente que nos sea posible.

Hace dos años, que un hombre se ha hecho célebre por dos novelas-folletines. Porque ahora para que el veneno circule e infección con mas rapidez i seguridad se brinda cotidianamente al pie de un diario, de manera que pueda producir siempre i sobre todo el mundo su pernicioso efecto.

M. Eugenio Sue, conocido hace pocos años por algunas obras notables por su *excentricidad*, acaba de adquirir una triste notoriedad, trazando una nueva senda, senda fatal i deplorable cual ninguna. El ha unido su nombre a dos obras por las cuales la posteridad le pedirá severamente cuenta algun día, los *Misterios de Paris* i el *Judio Errante*. Muchos las han leído, aunque pocos se atreven a confesarlo. La prensa asistió muda i silenciosa a esta consagración del olvido i del menosprecio de todo cuanto hasta entonces había contribuido a ennoblecier i realzar las almas. Sintióndose ella culpable en demasía, no osaba tirar la primera piedra.

Mr. Alfredo Nettement, levantó resueltamente la voz i en varias cartas publicadas en la *Gazette de France* hizo la crítica penetrante, espiritual, profunda, pero sobre todo verdadera de las *Misterios de Paris* i del *Judio Errante*.

Mr. Nettement ha comprendido perfectamente que trazar el cuadro de los *Misterios de Paris* despojándolo de todo su oropel i de su falso brillo, es el modo mejor de hacerle la crítica mas severa i completa. Comienza por esponer sencillamente que un príncipe de Alemania, Gotha de todas las cualidades físicas e intelectuales, de fuerza hercúlea i de espíritu vasto i elevado, recorre el mundo entero en busca de su hija, a quien su madre abandonó, imponiéndose, como expiación por haber en un impetu de cólera, desenvainado la espada contra su padre, la tarea de procurar el castigo de los crimenes impunidos i la recompensa de las virtudes desconocidas.

Este enderezador de tuertos, este Don Quijote, pero Don Quijote tomado a lo sério i no bajo su aspecto ridículo como el de Cervantes, desempeñando su noble designio de *reemplazar a la indolente Providencia*, encuentra en una de esas infames i miserables casas de la *Cité*, una muchacha entregada a un oficio sin nombre i llamada la Guillabaora, que en el lenguaje de los ladrones i asesinos, significa *Cantarina*.

Después que ella descendió mas abajo de la última grada de la escala social, muda de nombre i se le da el de *Flor de Maria*, o vulgarmente la Virgen. Aquí nosotros nos asociamos con todo nuestro corazón i con toda nuestra alma al sentimiento que dictó a M. Nettement estas palabras:

«¿Qué! hemos descendido mas abajo que el Bajo imperio? ¿hemos caído debajo de esa sociedad de mujeres perdidas, de gladiadores, de bufones que deshonraron la decadencia de Roma, para que los personajes ante las cuales hubiera retrocedido el látigo vengador de Juvenal, de temor de ensuciarse con su contacto, sean hoy los héroes i las heroínas de nuestras epopeyas? Ir a recoger en el mas corrompido cieno de los vicios de Paris, el tipo mas vil de la cortesana, encerrar cuidadosamente a sus lectores entre el fango... enjaular a esa criatura degradada en las cavernas del crimen entre galeotes,

ladrones i asesinos; entregarla alternativamente a las caricias i a las bofetadas de los forzados de galeras, llevando después el cinismo de la blasfemia hasta el punto de poner sobre su asquerosa cabeza el nombre sagrado de la que representa el pudor i la virginidad en el cielo i sobre la tierra!... poner el nombre de *Flor de Maria* en la cabeza de la prisionista de la Madre Pouisse, como una corona de flores sobre un monton de barro, i concentrar sobre esta prostituta todo el interés de un libro destinado a las mujeres i a los jóvenes, pues que se publica en un diario que pasa sin cesar por su vista!... oh! esto parece imposible! Si, parece imposible, pero así es. I debo decir que lejos de haber añadido un solo rasgo al cuadro de Mr. Sue, he borrado mas de una pincelada que no hubieran podido soportar los lectores que desean ser respetados. ¡Nuevo i deplorable medio de escapar a la crítica! Los escritores de nuestra época se atrincheran en un terreno en donde es imposible seguirlos sin saltarse uno a sí mismo.

Para lograr su objeto de hacer una heroína de esa infeliz degradada de la Guillabaora, Mr. Sue emplea el mas horrible de los adulterios, cual es el del vicio i la virtud, de la prostitución i de la castidad, confundiendo en ese tipo todo lo que hai de mas puro con todo lo que hai de mas corrompido; él le dá en un cuerpo abandonado a todas las infamias del vicio, una alma de virgen; en el mas vil de los oficios, increíbles delicias de espíritu i de corazón; él ha hecho, como lo indica el tercer nombre que le da, una *Madonna* (*Nuestra Señora*) de esta prostituta.

¡La pureza podrá nunca hacer alianza con la corrupción! ¡el candor con la infamia, la sensibilidad con la prostitución! Bajo el punto de vista de la verdad literaria o del arte, como hoy se dice, esto es falso i absurdo.

Es evidente que el autor traza un tipo embustero que no existe i que no puede existir.... que insulta de un modo aun mas grave a la verdad moral, puesto que rehabilita la prostitución haciendo creer que ella puede envilecer el cuerpo sin manchar el alma, i que las mas esquisitas i fragantes flores pueden existir entre ese fango de los vicios en cuyo centro levanta una ptaña para poner en ella a *Flor de Maria* i presentarla al interés i casi a las adenciones de sus lectores.»

El príncipe Rodolfo dá sin saberlo con su hija, que no es otra que esa Guillabaora, a quien un escribano, Jaime Ferrand, ha hecho desaparecer para apropiarse los doscientos mil francos impuestos en cabeza de él por su madre la Condesa Sarah MacGregor.

Omitiremos el retrato de ese escribano a quien Mr. Sue nos representa como el ideal del vicio enmascarado de una hipocresía infernal; es todavía mas horroroso si es posible, que todos esos galeotes i forzados con quien nos hace vivir durante la lectura de diez volúmenes. Su fin es tan indecente que no nos atrevemos a describirlo. Antes de que el príncipe reconozca a su hija pasan multitud de incidentes mas o ménos forzados, mas o ménos exagerados, pero todos vergonzosos i repugnantes.

Penetramos ya en el gran mundo. Aquí os figurareis acaso que el autor os deja tomar algun respiro i reparar un poco por medio de pinturas mas agradables i mas verosímiles. Bien pronto os desengañareis de esta equivocación. En ese mundo dorado tambien hai viciosos, rebos, cuñados, asesinatos, ni mas ni ménos como entre los habitantes de la taberna del *Coeur Saignant*. En fin, el frenético Rodolfo conduce a su hija a Alemania después de haberse casado con la marquesa D'Harville, cuyo marido que padecía epilepsia, se levanta la tapa de los sesos para poder de este modo hacer feliz a su mujer. ¿Qué os parece este ensayo de rehabilitación del suicidio, i el específico de este